

Por qué creo en Dios

José Rodier

Hace unos 20 años, la Revista PM pidió a Fernando Urbina su testimonio personal. Así contestó: “Creo en JC resucitado, Hijo de Dios vivo. Esperanza del mundo”, y añadía: “Confieso mi fe con ese enunciado de la tradición eclesial. Pero esta palabra es también para mí una experiencia viva, o mejor vivida, porque ha tenido lugar en un tiempo concreto, en una biografía personal. Sin embargo me resulta difícil el expresarme a este nivel biográfico”.

Siento la misma dificultad. A pesar de ello voy a intentar hacerlo, sabiendo que el don de la fe supera todo lo que podemos decir de ella. Voy a contestar sencillamente a partir de mi vida de cura de barrio, desde el año 1961 en Clichy, cerca de Paris, y hoy en Getafe en el barrio de la Albóndiga, en el que nos precedieron unos buenos amigos que han vuelto a la Casa del Padre: Rufino de Castro (don Rufino, para su gente) y

José Manuel, otro buen amigo entrañable, los dos muy queridos de la gente.

Hoy en 2003, vivimos en un mundo donde hay pocas noticias de Dios. Una película se titula: “Sin noticias de Dios”. Nuestros vecinos y amigos no saben casi nada de la historia de la Iglesia, a no ser los escándalos de los cuales hablan la prensa y la televisión. La gente sabe poco de la verdadera historia que es la historia de la santidad. Suelo repetir a menudo: “Hay muchos santos y santas en las calles de nuestros barrios”.

En las barriadas periféricas de nuestras ciudades, (Vallecas, Leganés, Getafe...), han nacido pequeñas iglesias de barrio con un estilo pobre, acogedor, sencillo, humilde. Iglesias de minoría donde se intenta vivir los valores evangélicos.

En esos barrios, hay aún grandes riquezas de humanismo, de generosi-

José Rodier (Getafe) es párroco de San Rafael en el Barrio de la Albóndiga

dad, de solidaridad, de santidad y humildad. Gente que vive su vida, su lucha cotidiana, sus alegrías y su dolor con una cierta paz y tenacidad.

En su comentario del Vía Crucis, hablando de “los soldados que se reparan las vestiduras de Jesús”, el teólogo ortodoxo, Olivier Clément, habla de “esos santos, justos, mártires, creadores de vida y belleza, los perseguidos por causa de la justicia, que reconstruyen incesantemente su tejido de luz”.

Y enseguida me vienen al recuerdo dos o tres personas:

Pienso en Carmen, mujer extremeña, paralizada del lado izquierdo, desde los 18 años, resbalando en el lavadero de su pueblo donde llevaba la ropa... Hoy tiene unos 60 años. No se queja nunca, expresa con discreción y humildad todo lo positivo de su vida. Cuando se la lleva la Eucaristía, su rostro se llena de profunda alegría.

Jorge, antiguo jocista, militante sindical unos años con cargo nacional. No quiso nunca separarse de su barrio obrero. No aceptó ninguna promoción profesional. Estuvo en el mismo puesto de trabajo toda su vida laboral. Jubilado, ayuda sencillamente en la parroquia de su barrio.

Leoncio. A los dieciocho años, deja su pequeño pueblo de los Picos de Europa. Sale andando, solo, con una pequeña maleta; se dirige hacia Francia donde lo espera un contrato en la fábrica Michelin de Bourges. Trabajó 40 años en el mismo taller de

neumáticos. Me dijo alguna vez: “he descubierto a Dios en este barrio “multicolor”, donde he vivido con mi mujer y mis hijos: la puerta siempre abierta, era conocido de todos. Al llegar la jubilación, las organizaciones del barrio le hicieron un pequeño homenaje. El y su mujer, Rogelia, eran la conciencia y la referencia de muchos: franceses, españoles, portugueses, argelinos, marroquíes, turcos... Aquí podría terminar el testimonio.

Me vais a permitir añadir algo más biográfico.

Creo en el Dios de Jesús porque he nacido en una familia de tradición cristiana aunque con muchas reservas. Mi padre me decía que Jesús había fracasado, pero sé que muchos domingos por la tarde entraba en la catedral de París para encontrar la paz. Era un hombre religioso. No tuvo la suerte de encontrar al Dios de la vida y de la Esperanza, pero su vida ha sido la de un hombre sensible, bueno, honesto y siempre en búsqueda.

Mi madre no entendía mucho lo del aparato eclesiástico. Era muy crítica pero era una mujer de oración. En los últimos años de su vida, casi ciega, me pedía leerla algunos artículos sobre la fe, la oración. Discutíamos juntos con pasión y cariño...

El gran filósofo Pascal decía: “La fe cristiana tiene algo de asombroso, pero dentro de una tradición”. Siempre habrá algo recibido, un ambiente, un ejemplo, el testimonio de unos familiares y amigos.

Siendo joven, en el último año del instituto, tuve la suerte de leer algunas páginas de Manuel Mounier. Para mí, era el ejemplo del intelectual comprometido, amigo de los primeros curas obreros, y deseoso con su mujer de vivir en una barriada de las afueras de París. Murió de repente en 1950, cumplía los 40 años. Tenían una niña, Francisca, que nació con un tumor cerebral, muda y casi ciega. En las cartas que envía a su mujer en el momento de la guerra de 1940, expresa así su Fe y su Amor: “Esa guerra ha acabado de curarnos de la enfermedad de Francisca. Tantos inocentes desgarrados, tantas inocencias pisoteadas; esta niña inmolada día a día constituye quizás nuestra presencia en el horror del momento. Oyes la pobre voccecita suplicante de todos los niños mártires del mundo. No pensemos en este mal como algo que se nos quita, sino como algo que damos, para no desmerecer de ese pequeño Cristo que está en medio de nosotros, blanca hostia que nos sobrepasa a todos” (marzo 1940, carta a Paulette Mounier).

Estas cartas escritas desde el dolor me acompañan en mi búsqueda de Dios.

Hablé de Fernando Urbina, tengo que hablar también de otro profesor: Olivier Clément: Su enseñanza en el Instituto Católico de París, sus numerosos libros, entrevistas con él, me abrieron horizontes insospechados. Mi sueño hubiera sido provocar un encuentro entre esos dos Maestros. No

fue posible. Pero Fernando leía con interés el relato de su conversión al cristianismo en un libro autobiográfico *El otro sol* (Narcea, 1983) y publicado antes en Francia (Stock, 75). Recomendaba ese libro a sus amigos que se planteaban lo de la fe.

A los 30 años, O. Clément recibía el Bautismo y se expresaba así:

“Era el 1 de noviembre. Llovía. Anduve mucho tiempo bajo la lluvia. Quise ir a pie en esa decisiva peregrinación. La lluvia es signo de fecundidad y yo iba hacia mi propio nacimiento. Yo estaba sereno, sin exaltación. Todo empezaba. Desde ese momento, la luz estaba dentro. Han pasado años desde mi entrada en la iglesia. La iglesia no decepciona cuando se ha comprendido lo que es: es la tierra que nos alimenta, esa gran fuerza de vida que nos es ofrecida y que nos corresponde llevar libremente a la obra”.

En los mismos años, una pobre mujer de mi barrio me habla de un sacerdote muy humilde y bondadoso que ella había conocido en el barrio popular de Charonne, uno de los barrios más populares de París. Era el Padre Anizan, que en 1928 fundó los Hijos de la Caridad. En 1916, escribe:

“Las muchedumbres están ahí tendidas, como ovejas abandonadas y sin pastor. ¿Qué haría falta? Hacen falta hombres que amen a esas muchedumbres, que comprendan su infortunio y su abandono espiritual. Hay que dar al pueblo la gran sabiduría del cristianismo”.

Su testimonio, sus escritos, sus cartas me indicaron un camino a seguir y

40 años después, desde Getafe y el barrio de la Alhóndiga, doy gracias a Dios: Ya sé que el meollo del Evangelio puede calar en el corazón de los pobres de este mundo.

En *Crimen y Castigo*, novela de Dostoievsky que comenta Olivier Clément, recuerdo la escena en la que un asesino y una prostituta (Sonia) descifran juntos el Evangelio de la resurrección de Lázaro (*Jn 11*).

Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida, ¿crees esto? Ella le dijo... -

Y Sonia, respirando con trabajo, articuló estas palabras con fuerza, como si hiciera ella misma públicamente su profesión de fe.

–“Si Señor” (*Jn 11,25-27*).

Sonia, la prostituta, leyó estas palabras con una voz clara y triunfante, temblando como si hubiera visto el milagro con sus propios ojos.

“Por primera vez, dice O.Clément, se había dicho una palabra, la Palabra se había anunciado al ateo de hoy” (*El otro sol*, pp. 96-97).

Jesús no se impone ni por el milagro ni por la fuerza. Sólo el Amor puede reconocerle. Los pobres lo intuyen, es la sabiduría del corazón.

Para terminar quiero transcribir unas frases del teólogo jesuita Henri de Lubac, que a mi modo de ver expresa de una manera muy acertada lo que puede ser la búsqueda de Dios. Se encuentra en su libro *Por los caminos de Dios* publicado en Francia (Du

Cerf,1983) y luego en España (Encuentro, 1993). Es uno de estos libros que no puede dejar indiferente:

"Hipocresía, superstición, puerilidad, convencionalismo, puedan entrar en lo que los hombres dicen o piensan de Dios, en su culto y en sus oraciones. Desconfiemos, no obstante, de los juicios desdeñosos. No perdamos de vista la pequeña chispa que brilla en el fondo del alma. A través de la gruesa muralla del calabozo más oscuro, basta la rendija más sutil para dejar paso al sol"

(¡recordamos el calabozo de Juan de la Cruz en Toledo!).

Así sucede en este mundo ahora opaco y pesado: el encuentro furtivo con un santo basta para dar testimonio de Dios: Lo que el Salmista decía dirigiéndose a Dios, puedo yo decirlo al “hombre de Dios”: en tu luz veremos la luz. Los santos son entre nosotros los testigos eficaces de Dios. La Mística, ¿intuición de Dios? Sí, pero siempre en la noche. Porque no se le encuentra sino buscándolo siempre. Dios es siempre ¡el Buscado! (*obra citada*, pp. 124-125).

El humilde joven sacerdote Cardjin que tuvo la intuición de la JOC y llegó a ser Cardenal, decía con ocasión de sus 80 años: “Yo busco siempre y así me mantengo joven”.

“¡ Oh Dios, Luz inalcanzada que palpitas en los mortales!”.

(Liturgia galicana -Himno de Vísperas)

Mayo de 2003